

MEDITACIÓN C

2. El sacramento de la penitencia

Convertirse en un «misericordiado»



Querido peregrino,

¿Los has notado? Sí, ¿has notado a estos hombres vestidos con sotanas negras o blancas caminando detrás de los capítulos, quizás el tuyo? ¿Por qué usan una estola violeta alrededor del cuello? ¿Por qué algunos peregrinos pasan un buen rato con ellos y se unen al capítulo con una amplia sonrisa? ¡Estos hombres vestidos así son los distribuidores de la Misericordia de Dios!

Porque Jesús quiso y sigue queriendo, una y otra vez, esperarnos cuando pecamos. Todo el Evangelio es una llamada a la conversión y a la recepción de los pecadores: «*Ve y no peques más*» le dijo a la mujer adúltera; y Él repite «*Tus pecados te son perdonados* » a todos los que acuden a Él con confianza.

I. Todos pecadores

Pecadores, todos ¿de verdad? En cada «*Ave María*», has respondido esta pregunta: «*Ruega por nosotros, pecadores.*» Sí, ¡somos pecadores! ¡Pobres pecadores! Tal vez nunca te has atrevido a acercarte a uno de esos hombres «en sotana» que te siguen. Tal vez has olvidado todos tus pecados. Tal vez te sientes aplastado por tus pecados. Tal vez no sabes cómo hacerlo

Pero ¡no tengas miedo, querido peregrino! Ante ti, en este camino, decenas de miles de personas se van a acercar a un sacerdote y van a recibir el **perdón de Dios**, que transformará sus vidas y les dará **paz y alegría**.

Prepárate, usando el "cuaderno del peregrino", haciendo un buen **examen de conciencia**; No dudes en preguntar al jefe de tu capítulo, a los seminaristas, a las religiosas, a las monjas que caminan contigo, y emprende la aventura de la Misericordia del Corazón de Jesús que te espera ... No mañana, no más tarde, ¡ahora!

II. Reconocer nuestra miseria

«*Misericordia*», una palabra, una realidad esencial, la del Corazón de Dios que viene a enfrentar tu miseria. Solo **una condición: humildad**; ser lo suficientemente humilde, pequeño, reconocer tu miseria, reconocer que necesitas a Dios. No es divertido ir a admitir todas nuestras perversidades ... ¡Es verdad! El proceso es difícil, excepto para niños; ¡pero qué paz, qué alegría después de este esfuerzo!

¡Tal vez temes lo que dirá **el sacerdote**, a quién le dirás tus pecados? Pero él solo va a repetir con Jesús: «*¡Ve y no peques más!*» Él te dará algunos **buenos consejos**, que serían difíciles de encontrar en otro lado. Él te **ayudará**, si tienes problemas para decir todo, él te **explicará** lo que no entiendas, se regocijará contigo, porque «*hay más alegría en el Cielo por un pecador que se convierte que por 99 justos que no necesitan a Dios*».

Escucha esta historia: es de un traficante de drogas sentenciado a 13 años de prisión. Su compañero de celda le habló pacientemente de Dios y predicó los famosos «*Ejercicios de San Ignacio*». ¡Sí, en prisión! Y este hombre se convirtió ... Hoy da testimonio, y para comprender mejor su aventura, inventó una maravillosa palabra: «*Soy un misericordiado*».

Los jóvenes que descubren el amor de Dios en este camino, los padres o madres abrumados por una vida difícil o aplastados por el peso de la Cruz, se vuelven « *misericordados*» también. Déjate amar por Aquel que derramó toda Su Sangre por ti..

Y para vosotros, los peregrinos que estáis acostumbrados a confesaros, aprovechad la oportunidad para intentar una **mejor confesión de lo habitual**. En este camino, tienes tiempo para prepararte, para hacer un buen examen de conciencia, para despertar en tu alma una sincera contrición. Para, eso es importante para todos, especialmente con la ayuda del “cuaderno del peregrino”, mirar cuidadosamente de qué manera has ofendido a Dios.

La disposición principal de la confesión es la contrición. Y no es una opción; ¡es la esencia del regreso a Dios!

III. Lamentar los errores

Lo que Jesús espera de cada uno de nosotros es sobre todo ese pesar sincero y verdadero por haber pecado, por haber ofendido a Dios. Sin este arrepentimiento, tus confesiones son inútiles. Y este arrepentimiento sincero necesariamente implica una **firme intención** de no volver a caer. De lo contrario, sería burlarse de Dios; ¿no crees? Es esta firme intención lo que te hará encontrar los **medios concretos para no volver a comenzar**. Por ejemplo, renunciar a tal frecuentación, no mirar tal programa, etc. Sin embargo, incluso con este firme propósito, se puede recaer, y se puede decir : « *¿De qué sirve confesarme, ya que al final siempre empiezo de nuevo?*» Queridos peregrinos, tened cuidado de **no confundir** «*querer repetir*» y «*saber que probablemente caeremos de nuevo*».

Por ejemplo, alguien que se acusa de enojarse y no quiere volver a hacerlo, se confiesa bien, incluso si sabe que, dado su temperamento, probablemente caerá de nuevo. La hipocresía sería decir «*Me acuso de enojarme*» queriendo hacerlo de nuevo. Así pues, **volvamos a nuestro Dios**, como un hijo regresa a su padre después de haberlo ofendido, con **gran humildad y confianza** sin límites: como el Hijo Pródigo.

Queridos peregrinos,

Este camino entre París y Chartres es hermoso, muy hermoso, porque

delante de ti y pronto contigo, **está el perdón, la Misericordia, el Amor de Jesús**. Por lo tanto, no te retrases y busca a uno de los sacerdotes que nos acompaña: ¡le darás a Dios la alegría de hacer un nuevo «¡misericordiado! »

Y no tengas miedo:

- El sacerdote con el que hablas sabe lo que cuesta hacer esto, a lo que él mismo se somete como un pecador
- Además, él ya ha escuchado mucho y **nada podría asombrarlo**,
- Finalmente, en su calidad de representante de Cristo, está obligado a mantener el **secreto más absoluto**: el secreto de la confesión no puede revelarse en ningún caso.

Permanezcamos en silencio para reflexionar sobre la belleza de este maravilloso sacramento y prepararnos para ello, consultando nuestro “Cuaderno del peregrino”.